

dueñas sin decoro y buscones miserables. Cuando la pieza no narra la desventura del engañado esposo, pinta al hermano asesinado por el amante de la hermana; cuando no describe la desesperación del padre que vió manchadas sus venerables canas con un rapto, saca á relucir todas las malas artes de que se valen mujeres sin pudor, sin corazon y sin vergüenza.

Debía la caballeresca mania cambiar de rumbo para contribuir al progreso humano; abandonar el espadín y la lanza para empuñar la pluma y hacer uso de la palabra. Sería en lo sucesivo su palenque, no la cerrada y sangrienta liza, sino el libro, el periódico, la cátedra y la tribuna. Descubierta la imprenta y extendido su imperio por Europa, las relaciones de los hombres entre sí y de los pueblos unos con otros, sufrían una crisis precursora de su inevitable trasformación. Iniciada esta al escribir Cervantes su libro, produciría sus primeras consecuencias con el drama titánico de 1793. Adelantóse Cervantes á sus contemporáneos, resumió en sí, dándole cuerpo y unidad, los gérmenes similares que en la atmósfera moral de su tiempo se despertaban lentamente desde los comienzos del siglo xv y contribuyó de una manera indirecta, aunque cierta, á la revolución social que contemplaron nuestros padres.

Cervantes humanizaba la caballería andantesca como humanizaba la literatura, concurriendo á fundar los verdaderos cimientos del romanticismo

y de la crítica filosófica; al arte por el arte, universalmente acatado, oponía el arte por la enseñanza y la ejemplaridad. Todas sus producciones lo demuestran. Llamó á las novelas ejemplares, declarando así su intento reformista; dijo que había sido el primero en representar las imaginaciones y los pensamientos escondidos del alma, sacando figuras morales al teatro, con general y gustoso aplauso de los oyentes; su Licenciado Vidriera es una síntesis; el coloquio de los perros, una intencionada inventiva; Rinconete y Cortadillo, admirable boceto dirigido á vituperar finamente las llagas sociales. Toda la novela socialista contemporánea, «Martin el Espósito,» «Misterios de París,» «Los Miserables,» etcétera, está como en germen en las novelas picarescas de Cervantes.

Combatía nuestro autor el fondo de la literatura en auge y atacaba también la forma; correspondía lo primero al dominio de la filosofía, lo segundo al del arte. Fondo y forma son cosas estrechas é íntimamente relacionadas, modos que se penetran y que no pueden caminar divididos sin ruina del conjunto. Vituperaba Cervantes el espíritu que regia los libros de gesta, y criticaba el método y el estilo de esos mismos libros, sus arreos y aderezo, su ridiculez y flaquezas; y si en cuanto á lo uno se muestra profundo conocedor de la naturaleza humana, vislumbrando sus eternas leyes, tocante á lo otro justifica un gusto exquisito, una sensibilidad privilegiada, un talento de nobilísima

naturaleza. Fué su crítica universal; alcanzaba á todos y á todo, lo mismo al grande y al poderoso que al humilde y necesitado; tanto á la institucion en prepotencia, como al sándio proceder de la gente rústica y egoista. Caen bajo la jurisdiccion de su férula todas las esferas humanas, todas las relaciones que unen á los hombres. Ocúpase aquí de las que median entre súbditos y gobernantes; allí de los del padre con el hijo; en otra parte de las que acercan al amo y al criado, ó de las que mantienen el concierto entre los ciudadanos.

Fija la posicion de cada uno con admirable acierto; jamás lucha contra el sentido comun; su profundidad llega hasta donde alcanza su génio que es inmenso, y tiene la difícil facilidad de lo sencillo y lo sublime. Dijo las cosas mas grandes, sin apercibirse de su magnitud, expresándose con una lisura, un desenfado, una espontaneidad que encantan, admiran y suspenden. Séanos lícito citar en nuestro apoyo un solo ejemplo elejido al acaso: sus palabras escritas dirán mas que nuestros comentarios. Habla D. Quijote y Cervantes pone en su boca estos pensamientos: «La libertad es uno de los mas preciosos dones que á los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra, ni el mar encubre: por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida; y por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir á los hombres,» y como corolario añade muy

luego: «... las obligaciones de las recompensas, de los beneficios y mercedes recibidas son ataduras que no dejan campo al ánimo libre. ¡Venturoso aquel á quien el cielo dió un pedazo de pan, sin que le quede obligacion de agradecerlo á otro que al mismo cielo!»

Ahora bien: ¿cuándo sacaba á luz Cervantes su obra; en qué ocasion hacía alarde de tanta cultura, independencia de alma y enérgica voluntad? En el momento histórico en que la altivez de España caminaba con pasos de gigante hácia su total ruina; cuando una turba de gentes sin conciencia ni freno se enseñoreaba de las regiones del gobierno, arrastrando por el lodo de la abyeccion mas vergonzosa el santo nombre de la pátria; en ocasion de que la literatura solia servir los mas reprobados fines, mientras se levantaban el mal gusto, la hinchazon y el artificio, tirando los escritores no á elevar la condicion de los públicos, sino á lucrar halagando los errores y preocupaciones del vulgo. Dominaba arriba la arbitrariedad, la sordidez, la concupiscencia; abajo el fanatismo y la ignorancia. Habian llegado las concusiones á su límite posible; reinaban por el rey osados favoritos que tiranizaban á los pueblos, esquilmandolos torpe y autocráticamente.

Dándose la mano la hipocresía y la supersticion, regian á su antojo una grey que creía en brujas, embaidores y sortilegios, asistiendo con gusto á las quemas de herejes y poseidos y toleran-

do, sin atreverse á ponerles término, las liviandades de la Madre Agueda y de las monjas de San Plácido.

¿No será lícito, recordados estos antecedentes, suponer que la publicación del «Quijote» debió malquistar á su autor con determinadas personas y clases enteras de la sociedad?

Parece evidente. Desde luego la falange literaria que se veía puesta en ridículo alzó la voz clamando contra el inesperado castigo que con mano suave, aunque con grandísima energía é independencia, se aplicaba á sus faltas y desbarros. Escritores ascéticos, novelistas, dramaturgos, poetastros, toda la turba multa que acometía el Parnaso, revolviéndose contra Cervantes, censúralo acerbamente, viéndose cual mas, cual menos, comprendido en las censuras de la sabrosa sátira. Si la obra en su total organismo era una protesta elocuente contra el mal gusto dominante, las reticencias del prólogo, las indirectas del escrutinio de la quijotesca biblioteca, los otros reparos esparcidos por la obra, encerraban juicios concretos que mortificaban y herían á los innumerables detractores del buen gusto y de las letras.

También debió en la esfera de los doctos levantarse recia tempestad, debió llamarse á Cervantes crítico indigesto, pedantesco dómine, estremo analista, amigo de novedades, mofador y descontentadizo. Ya vimos que Gallo de Andrada le calificó de momo, y Fernandez de Avellaneda

hubo de anatematizar su envidia, su ruindad y su cólera. Un autor titulado censura sus comedias y dice que nada puede esperarse de sus versos; cree Lope de Vega que la Providencia ordenó mancarse en Corfú para que no escribiese desatinos, añadiendo que su «Quijote» iría á parar á los estercoleros: Villegas le detesta; Paravicino, Suarez de Figueroa, Valdelomar, Espinel, con otros, murmuran de él, le odian ó le desdeñan. Para algunos, Cervantes hubo de presentarse como un escritor apasionado, indigno del aprecio de los hombres formales y de las personas timoratas. No se dirigía su libro á halagar sentimientos vulgares, ni pasiones en predominio; no podía decirse de él lo que solía escribirse del fácil y acomodaticio Lope de Vega, de quien un manuscrito de la época afirma que «sus escritos le hicieron estimado de todos, hasta de la Santidad del señor Urbano VIII, que mereció le escribiese y honrase con el hábito de San Juan y título de Doctor en sagrada teología.» (52)

Cervantes era la antítesis de Lope. Pontífice este de la triunfante Iglesia, juzga y condena á su émulo sin ulterior recurso. Quiere Lope disimular su inquina; pero esta se revela en todos los actos de su vida que tienen por blanco á Cervantes. Distínguele aparentemente en alguna ocasion; empero en el fondo de su alma le aborrece: no perdona los justos réproches del Quijote; obligado se ha visto á confesar su exactitud en el «Arte nue-

vo de hacer comedias,» mas esta injuria es de aquellas que afectando á lo mas delicado del amor propio vivirá tanto como su corazon aliente. Arrastrando una vida licenciosa, indigna de sus talentos y de su sagrado carácter, cubriendo sus liviandades y flaquezas con el socorrido manto de la religion y de la mas falsa hipocresía, adulando al poder, rindiendo párias al vicio, cuando se disfraza con falsos oropeles y habita encumbradas regiones; Lope de Vega, cortesano de los cortesanos, corruptor de las costumbres, ministro de la ignorancia, amigo interesado del estólido vulgo, inficiona la literatura dramática, cuando pudo sublimarla á no conocidas alturas. Durante luengos años conservó el cetro de la monarquía cómica: su censor murió pobre y desvalido, cuando su rival tocaba á los cuernos de la luna: siguió este avasallando la escena, adulando á las muchedumbres, viviendo asociado á la turba pecadora que poblaba los corrales, mas llegaría el día de la justicia, y un tribunal superior, el Consejo de Castilla, declararía que debia prohibirse la representacion de las comedias de Lope, «que tanto daño habian causado á las costumbres.» Y tenia razon el severo senado: los amoríos, pendencias, raptos, violaciones, galanteos y asesinatos, eran tan frecuentes en aquella sociedad que constituian buena parte de las cotidianas efemérides. De un lado un lujo escesivo de mentida piedad; del otro el cinismo mas vergonzoso en lo que mira á

los deberes impuestos por la honra y el decoro. ¡Hasta se alardeaba por los hombres casados de mantener relaciones amorosas con una ó mas concubinas; hasta se llegó á conceptuar por las damas de mas alto copete, como insulto, el comedimiento y la decencia de parte de los hombres que las visitaban!

Dijo el Padre Hurtado de Mendoza que Lope habia causado con sus comedias muchos pecados; defendióle Perez de Montalvan recordando que perteneció á la Congregacion del Olivar, que era trinitario, que acudió al servicio de los hospitales, que iba los sábados á Atocha, teniendo oratorio en su propia casa, y trasladándose al cabo á Toledo, de donde regresó sacerdote. Calló Montalvan que su defendido trajo una vida mucho menos que ejemplar; una vida impropia de quien pretende ajustar su conducta á los preceptos religiosos, y que, aun con el carácter sagrado, continuó en sus extravíos, barajando sacrílegamente lo humano y lo divino. (53)

Vivia Cervantes no lejos de Lope, ofreciendo el contraste mas desfavorable para el último. Poco ó nada ha cambiado el corazon humano desde entonces, y si juzgamos por lo que ocurre hoy en casos análogos, podemos deducir que Cervantes debió hallar en Lope y en su bando un fuerte obstáculo al logro de sus deseos; y si sus desventuras no fueron mayores, si llegó á recibir proteccion del conde de Lemos y del arzobispo de Tole-

do, debióse, en nuestro juicio, al proceder honrado, á la vida ejemplar, á la morigeracion de costumbres, á la cristiana resignacion con que realizó los méritos que habian de immortalizar en lo futuro su preclaro nombre. Desengañado y sin esperanza de que su suerte mejore, fijase en Madrid entre 1608 y 1609; entrégase al trabajo con juvenil ardor, dá á luz primero una nueva edicion de la primera parte del «Quijote,» ingresa luego en la Congregacion del Olivar, donde entre otros figuran Carducho, Esquilache, el duque de Lerma y el mismo Felipe III, y en octubre del último año citado, pierde á su hermana Andrea, viuda del general Alvarez Mendaño, con la cual habitaba.

Nombrado su protector el conde de Lemos en 1610 virey de Nápoles, piensa Cervantes equivocadamente que le llevaria en su séquito; con él van los Argensolas, quienes á pesar de haber recibido el encargo de buscar personas á propósito que acompañen al virey, no incluyen á Cervantes en el número de los elejidos, aun despues de haberle ofrecido lo contrario. Presentó en 1612 sus «Novelas» á la censura, publicándose en 1613; siguiéndolas el «Viaje al Parnaso» y la «Adjunta,» dos quejidos desgarradores que se escapaban del contristado pecho. Llevan las comedias la data de 1615, y por último sale á luz la segunda parte del «Quijote,» escribiendo pocos dias antes de su muerte la dedicatoria del «Persilés» que quedó inédita.

Debió ser por extremo afflictiva la situacion de Cervantes en sus postrimerías. Indicios de ello tenemos sobrados. Viviendo doña Andrea ayudaba á satisfacer sus necesidades con el producto de su labor, como antes le ayudara con su dote á salir del cautiverio.

Habitaron durante este período una modestísima casa situada en la calle de la Magdalena, en las cocheras de la casa del duque de Pastrana; trasládase, muerta doña Andrea, á la plaza de Matute, espaldas del Loreto; vuelve otra vez á la calle de la Magdalena; habita corto tiempo en la del Leon, pasa desde aquí á la del duque de Alba, le deshauca el escribano Zamacola, pues por lo visto el inquilino no abonaba la renta; en 1614 le hallamos en la de las Huertas, desde donde pasa á refugiarse con su esposa y morir en el rincon que benévolo y caritativo le ofrece en la calle de Francos el ejemplar sacerdote Martínez Marsilla.

Tan frecuentes mudanzas indican, en nuestro concepto, la falta de haberes. Martínez Torres escribió: «Halléme obligado á decir que Cervantes era viejo, soldado, hidalgo y pobre:» y refiriéndose á los caballeros franceses con quienes conversaba, añade: «á que uno me respondió estas formales palabras. Pues á tal hombre ¿no le tiene España muy rico y sustentado del Erario público? Otro dijo, si necesidad le ha obligado á escribir, plegue á Dios nunca tenga abundancia,

para que con sus obras, siendo él pobre, haga rico á todo el mundo.»

Fijémonos no en lo literal de este diálogo, sino en lo que presupone. Halléme obligado, dice Martinez Torres, indicando que sentía empacho al comunicar á unos extranjeros el estado afflictivo del valeroso español. ¡Obligábale la necesidad á escribir! Esto es, trabajaba á destajo para recabar el cotidiano sustento! Nadie le socorria, nadie hacia justicia, recompensándole, á los servicios prestados como soldado, á sus escritos como literato. Sospéchase, no sin fundamento, que los socorros procedentes del bolsillo del arzobispo toledano debieron ser tan exigüos que no merezcan recordarse, y en cuanto al protectorado del de Lemos, antójasenos que Cervantes hubo de manifestar su agradecimiento antes que con sincera espresion con fina y delicada ironía. Quéjase en el «Viaje al Parnaso» del olvido en que le tienen los Arjensolas, y aludiendo visiblemente á estos y á Lemos, escribe:

Que no sé quien me dice y quien me exhorta  
Que tienen para mí, á lo que imagino,  
La voluntad, como la vista, corta.  
Que si esto así no fuera, este camino  
Con tan pobre recámara no hiciera,  
Ni diera en tan hondo desatino  
Pues si alguna promesa se cumpliera  
De aquellas muchas que al partir me hicieron,  
Lléveme Dios si entro en tu galera.  
Mucho esperé, si mucho prometieron:

Mas podrá ser que ocupaciones nuevas  
Les obligue á olvidar lo que dijeron.

Confiesa aquí paladinamente su pobreza y el olvido en que le tienen; y mas adelante estrema la pintura de su estrechez. Viéndole Mercurio tan desarrapado y menesteroso, esclama:

¡Oh Adam de los poetas, oh Cervantes!  
¿Qué alforjas y qué traje es este amigo  
Que así muestras discursos ignorantes?  
Yo, respondiendo á su demanda, digo:  
Señor, voy al Parnaso, y, como pobre  
Con este aliño mi jornada sigo.

Aun insiste en el propio tema en otro pasaje. Comparece ante Apolo, espone sus méritos, quéjase de su suerte y el Dios le contesta:

..... si quieres salir de tu querella  
Alegre, y no confuso, y consolado  
Dobla tu capa y siéntate sobre ella;  
Que tal vez suele un venturoso estado,  
Cuando le niega sin razon la suerte,  
Honrar mas merecido que alcanzado.

Y Cervantes añade:

Bien parece, señor, que no se advierte,  
Le respondí, que yo no tengo capa.  
El dijo: Aunque sea así gusto el verte:  
La virtud es un manto con que tapa  
Y cubre su indecencia la estrechez,  
Que exenta y libre de la envidia escapa.